

La camarera

Melissa Nathan



Traducción de Beatriz Ruiz Jara



PANDORA

Para Samuel Mark

## Agradecimientos

Es un extraño privilegio tener la posibilidad de agradecerle verdaderamente a alguien que te haya salvado la vida. Gracias, Alison Jones, por permitirme ser testigo de este año. Gracias a todos los del 81, en especial a Marianne, Denise y Caroline, por hacer que mis visitas fueran lo más fáciles posible.

Gracias, Rosy Daniel, por hacer de Samuel algo más que un sueño.

Gracias a toda la gente del maravilloso café Waiting Rooms, de Palmers Green: Phillip Chard, que creaste esa atmósfera tan especial y única; gracias, Destina Philippou, que me enseñaste a hacer capuchinos y que no perdías los estribos cuando se me quemaban las tostadas, y gracias también a Angela Delusu y Nick Green. Por favor; no olvidéis nunca que esto es una obra de ficción y que lo único que tiene en común con vuestro café es el ambiente alegre y amistoso del Crichton Brown's.

Gracias, Corinne Rodriguez, Sarah Sutcliffe y Rob Salter, por vuestras sugerencias y anécdotas.

Y, como siempre, gracias a mis fantásticos compañeros en este esfuerzo colectivo: Kate Elton, mi editora, que nunca deja que su buen ojo y su mente para los negocios se antepongan a su entusiasmo contagioso y a su afectuoso corazón. Y gracias a toda la gente de Random House, especialmente a Georgina Hawtrey-Woore, Rina Gill, Jo Wheatley, Ron Beard, Susan Sandon, Rob Waddington y Faye Brewster.

Gracias, Maggie, por ser algo más que mi agente, y a todos en Ed Victor por esa combinación perfecta entre profesionalidad y diversión.

Tengo la suerte de estar rodeada de gente que llena mi vida de alegría. Gracias, como siempre, a Andrew, a mamá, a papá, a Jeremy y a Deborah por ayudarme a mantener el cuerpo y el espíritu de una pieza. Y gracias, Sammy Mark, por ayudarme a seguir adelante.

Era una de esas fiestas que permanecen vivas en la memoria colectiva y cuya repercusión e ironía iría madurando con los años; una fiesta que provocaría un centenar de las anécdotas más contadas y que transformaría vidas enteras. Y, sin embargo, el hecho de participar en ella suponía una experiencia del todo infernal. Estaba llena de futuras celebridades y gente ambiciosa, de antiguos amoríos y vergüenzas. Se oían risas estridentes y la gente hablaba en un tono ensordecedor; el ruido prácticamente ahogaba el sonido del equipo de música, sin llegar a hacer mella en la lucha de egos.

Katie dio otro trago al ponche dulce de su vaso de papel, y es que ya se le había olvidado el sabor repugnante que tenía. Su ex número tres, Hugh, le estaba hablando a pleno pulmón por encima de los atronadores bajos. Llevaba sin verle cuatro años y tenía el ceño tan fruncido intentando oírle que parecía estar haciendo un esfuerzo sobrehumano. Hugh no tenía una voz fuerte por naturaleza, pero suplía con motivación la ausencia de calidad.

—... pero las bonificaciones anuales —bramó—, ya sabes, son como grilletes de oro.

—¿El qué de oro?

—¡Grilletes! No sabría entrar en detalles, pero desde luego saben lo que hacen.

—Estupendo. Entonces, ¿cómo es...?

—Me refiero a que, desde este punto de vista, estamos hablando más que...

Y entonces empezó a comportarse como si alguien le hubiera prendido fuego a sus pantalones. Katie estaba impresionada, pocas veces le había parecido tan interesante. Cuando volvió a aterrizar, el rostro sonriente de Sandy, su anfitriona, apareció junto a él. Se trataba de su fiesta de compromiso y estaba pero que muy borracha.

—¡Hola a todo el mundo! —les saludó—. Hola, Hugh, cariñito. Si no fuera porque estoy comprometida, estarías en serio peligro.

---

<sup>1</sup> N. de la T.: el título original, *The Waitress*, es un juego de palabras intraducible. Este término hace referencia al oficio de camarera, pero en este caso también se utiliza como un derivado del verbo *to wait* (en castellano «esperar») y podríamos traducirlo por «la que espera».

Hugh le dedicó una tensa sonrisa.

—De todas formas, si me disculpáis. —Tenía un cierto tinte dolorido en la voz.

—Madre mía —dijo Sandy—, no te irás por mi culpa, ¿verdad?

—No, no —contestó Hugh—. Es solo que tengo que...

Mientras salía de allí cojeando, Sandy se volvió hacia Katie:

—Es tan difícil resistirse con él —le susurró a Katie en el oído izquierdo.

—Lo sé.

—Es esa cara.

—Lo sé.

—¿Cómo voy a ser lo suficientemente madura como para casarme?

—¡Enséñame otra vez el anillo!

Sandy extendió la mano alegremente y Katie lanzó un grito de admiración al contemplar el precioso diamante en su engaste de platino. Mientras tanto, Geraldine, la compañera de piso de Sandy, apareció como por arte de magia.

—Por favor —dijo entre dientes— ¿Todavía vas por ahí presumiendo de esa cosa?

Ambas levantaron la vista.

—Hola, Gerry —saludó Katie—. ¿Repartiendo polvos mágicos de felicidad, como siempre?

Haciendo caso omiso de Katie, Geraldine se dirigió a su compañera de piso:

—La gente va a pensar que te casas por todas las razones equivocadas, ¿sabes?

Sandy le lanzó una mirada arrepentida al anillo.

—Es solo que creo que es precioso. —Se le escapó un leve suspiro.

—¡Es que lo es! —chilló Katie—. Déjame verlo otra vez.

Sandy, a quien la tristeza no solía durarle mucho, volvió a extender el brazo, al tiempo que Geraldine hacía un gesto de desaprobación y le preguntaba:

—¿Te has acordado de ir haciendo fotos?

Sandy ahogó un grito:

—¡Oh, no! —Y salió corriendo sobre unos tacones que parecían haber transformado sus tobillos en esponjas.

—Lo sabía —le dijo Geraldine a Katie—. Con todo lo que se ha gastado en la cámara digital más moderna del mercado, y no ha hecho ni una foto. Dinero quemado.

—¿Sabes? Deberías ir con cuidado —le advirtió Katie—. La gente va a pensar que estás celosa.

Ahora era Geraldine la que se quedó sin aliento.

—¿Yo, celosa? ¿Estás loca? No me casaría con ese hombre a menos que..., no sé...

Katie arqueó una ceja:

—¿...que te lo propusiera?

Geraldine suspiró.

—Vete al cuerno. —Tomó un sorbo de ponche y acto seguido su rostro se contrajo en una mueca—. Le dije que había puesto demasiado azúcar. Parece un

jarabe —dijo antes de bebérselo de un trago—. Es solo que tenía asumido que me casaría antes que ella.

—¿Quieres hablar de ello? —le preguntó Katie.

Entonces Geraldine empezó a soltarlo todo:

—Durante todo el tiempo que duró la universidad, tres malditos años, me tuve que tragar todos sus patéticos problemas con los hombres. Esa chica tiene la madurez emocional de un teletubby. Me podía haber hecho consejera sentimental a costa de ser su compañera de piso. ¡La cantidad de horas que desperdiicé escuchando sus rollos! Y todo el tiempo —tomó una profunda bocanada de aire— pensando que iba sobre seguro con ese gilipollas. Un hombre cuyo concepto del compromiso se reduce a comprar un periódico. El señor Retrasado Emocional.

—Bueno —suspiró Katie—, por su nombre tendrías que haberlo adivinado.

—¿Y te puedes creer —gitó Geraldine— que, después de dos años juntos, va y me planta con una cena en un Pizza Express? ¡Una cena en un Pizza Express! ¿Y luego tiene la cara dura de presentarse esta noche en la fiesta?

—¿Tu ex?

—¡Sí! Ya sabes lo que es, ¿no?

—¿Un retrasado emocional?

—Es un jodido retrasado emocional.

—¿Y dónde está? —Katie recorrió toda la estancia de suelo de roble con la mirada.

—En el rincón —dijo Geraldine—. ¡No mires! —Tiró de la espalda del vestido de palabra de honor que llevaba puesto Katie—. Dios, Katie, no quiero que piense que estamos hablando de él. Ya es lo bastante arrogante.

—¿Lo invitaste tú? —dijo Katie medio asfixiada mientras recomponía su atuendo.

—Pues claro, somos buenos amigos. Lo tengo completamente superado.

—Siempre que nadie lo mire.

—Muy bien, señorita Sabelotodo, te lo voy a presentar. Y entonces podrás decirme si te parece o no un retrasado emocional.

—Vaya, no veo el momento. Tú primero, doña Chiflada.

Justo en el momento en que se daban la vuelta, Hugh les bloqueó el paso, les dedicó a ambas una amplia sonrisa y Geraldine abandonó a Katie con su monólogo.

—Muy bien —dijo—, cataplínes en su sitio. Bueno, ¿por dónde iba?

Muy a su pesar, después de estar hablando un rato con Hugh, Katie se acordó del motivo por el cual aguantó con él tanto tiempo. Diez meses y tres semanas, para ser exactos. Tenía una solidez cómoda, una cálida seguridad que parecía emanar de su chaqueta de Marks & Spencer. Y entonces se puso a bailar. A medida que el bajo y la batería se transformaban para crear un ritmo nuevo, Hugh empezó a hacer un gesto con las caderas que le recordó a su tía abuela Edna intentando andar en un día húmedo. Para entonces tenía las pupilas tan dilatadas que parecían estar a punto de dar a luz.

—¿Y dónde está Maxine? —preguntó.

—Está fuera por trabajo —dijo Hugh a punto de perder el equilibrio, dejando de lado el movimiento de cadera—. Ese puesto la obliga a viajar mucho. Le va muy bien, se habla de un ascenso para el próximo año. Y a ti, ¿cómo te va en el trabajo?

—¡Genial!

—¿En serio?

—Sí. —Katie hizo un resuelto gesto afirmativo con la cabeza—. He tomado una decisión sobre mi futuro.

Miró fugazmente a su alrededor, como para evitar la reacción de Hugh. Cuando lo oyó decir «Me alegro por ti» con entusiasmo, se sintió como si le acabara de decir que ese día había aprendido a contar hasta diez y a deletrear «pez».

—Voy a ser psicopedagoga —le informó.

Seguidamente se hizo una pausa.

—Ah, por cierto, nos vamos a mudar a tu zona —dijo Hugh.

—¿De verdad?

—Sí, ya es hora de salir del piso y meternos en una casa. Le puedes sacar mucho más rendimiento a tu dinero si lo gestionas tú mismo. ¿Qué tal tu pisito?

—Bien.

—¿Y el servicio?

Katie frunció el ceño.

—¿El servicio?

—Me refiero a lo de ser camarera, a servir mesas.

Katie se encogió de hombros.

—Paga las facturas, mientras me preparo para ser psicoped...

—Oh, sí, claro —la interrumpió Hugh—. ¿Y qué hay de tu sueño de dirigir tu propio restaurante?

Katie había relegado al fondo de su memoria el recuerdo de haberle confiado aquello a Hugh un sábado por la tarde, en la cama.

—Ah, aquellos sueños inocentes —sonrió—. Después de unos cuantos años de trabajo, te das cuenta de por qué era tan fácil ser idealista cuando eras una estudiante: porque todavía no habías trabajado.

—Dímelo a mí —dijo Hugh—. Y eso que yo no me puedo quejar. Las gratificaciones son increíbles. Adivina cuánto...

—¡Madre mía! —susurró Katie mirando por encima del hombro de Hugh—. ¡Mira!

Hugh se dio la vuelta y miró sin el menor asomo de sorpresa. A su lado estaba Dave Davies, campeón de remo, modelo a tiempo parcial y protagonista de las mejores obras de teatro que se representaron durante los años de Oxford.

—Ha salido del armario, ¿lo sabías? —dijo Hugh—. Es gay de pies a cabeza. Su novio se llama Kevin.

—¡Estás de broma! —dijo Katie con voz entrecortada.

Hugh lanzó un suspiro.

—Sí, pero un hombre puede soñar.

Entonces, antes de darse cuenta, Katie estaba pasándosele en grande con aquel hombre que, años atrás, la había amenazado con hacer una tontería cuando ella le dijo «Se ha terminado». Naturalmente, no se tomó en serio la amenaza de Hugh, pero desde luego acabó por hacer una tontería casi al instante: fue a buscar consuelo en forma de Maxine White. Y, cuatro años después, todavía seguía con ella. Maxine White, la que formulaba preguntas sin sentido en clase, la de las piernas flacas como palos, la que no tenía culo, la de los omóplatos como pistones, la que llevaba pintalabios de brillo sin tener labios. La mujer cuya figura sería la envidia de un lápiz.

Maxine White había sido una de las bromas privadas favoritas entre Katie y Hugh durante los diez meses y tres semanas que estuvieron juntos (Katie se sentía especialmente orgullosa del apodo que le había puesto: Karen D'Ache<sup>2</sup>), por lo que no fue nada extraño que, cuando Hugh empezó a salir en serio con Maxine, casi inmediatamente después de la repentina ruptura, Katie se tomara aquella deslealtad como algo personal.

No obstante, después del primer año con Lápiz (que era más de lo que había estado con ella), Katie empezó a sospechar que quizá no lo estaba haciendo para ponerla celosa. Hasta que los vio presentándose mutuamente a sus padres en la graduación, no se atrevió a admitir que tal vez su relación no era una trama secundaria de la obra que era *La vida de Katie*. Y tardó otros seis meses en recuperar la confianza en el poder de la pequeña figura de reloj de arena sobre la imagen de palo alargado y alto.

Desde entonces, siempre que había visto a Hugh en las reuniones de la universidad, estaba con Maxine. De hecho, ahora que lo pensaba, era la primera vez que lo veía solo, sin que Maxine estuviera a una distancia mayor que un escupitajo, desde aquella fatídica noche en la que él le había dicho, como en sueños, que su primer hijo tendría que llevar el nombre de su bisabuelo, que había muerto en la primera guerra mundial. Hasta entonces, por lo que ella recordaba, habían sido bastante felices, pero aquella referencia casual al supuesto de que algún día sería la orgullosa madre de un Obadiah Oswald causó en Katie una impresión tan fuerte que todavía no se había recuperado del todo.

Seguía sintiendo escalofríos cuando se acordaba de aquella noche. Allí estaban ellos, plácidamente entrelazados bajo su edredón de los Thunderbirds, cuando Hugh se puso a hablar del «futuro». No había sentido un terror tan profundo como aquel desde el día en que vio al secuestrador de niños de *Chitty*

---

<sup>2</sup>N. de la T.: Karen D'Ache suena como Caran D'Ache, seudónimo del caricaturista francés Emmanuel Poiré; proviene de la palabra rusa, que significa «lápiz». También corresponde al nombre de una marca de material de oficina y bellas artes.

*Chitty Bang Bang*. Le entró el pánico y, allí mismo y en aquel preciso instante, se sacudió de encima a su novio más duradero, tan rápido como si fuera una granada a punto de estallar que hubiera ido a parar a su regazo, y más o menos con la misma delicadeza.

Aquello fue todo. Nunca más volvieron a verse a solas.

Desde entonces, ambos habían averiguado todo lo que necesitaban saber el uno del otro por lo que les decía un pajarito. Ella descubrió que él la culpaba de ser una zorra insensible, y él descubrió que ella estaba demasiado ocupada pasándosele bien como para reprocharle nada. Lo siguiente fue que estaba saliendo con Maxine White.

En los últimos años, el pajarito se fue debilitando y murió, así que Katie acabó por olvidarse de él. También se olvidó de que, si se le daba su tiempo, Hugh podía llegar a ser un interlocutor muy comprensivo.

Estaba concentrado mientras la escuchaba enumerar las virtudes de convertirse en psicopedagoga. Asintió solemnemente cuando le dijo que era «la definitiva», la carrera que había estado buscando, la razón por la que había estado esperando (sí, en ambos sentidos de la palabra),<sup>3</sup> antes de elegir el camino correcto. El mes pasado pensaba que quería ser profesora, pero la psicopedagogía era una evolución natural y, por supuesto, ya contaba con el pertinente título en psicología. Era como si hubiera nacido para ello. Todavía más importante fue que Hugh le riera las bromas y que también él mismo llegase a hacer unas cuantas muy buenas. Fue agradable. No lo suficiente como para perder el sentido común y acceder a que tu primer hijo se llame Obadiah Oswald, pero agradable, al fin y al cabo.

Los dos cerraron los ojos en el momento en que una intensa luz se encendió justo delante de sus caras.

—¡Os pillé! —gritó Sandy agitando en el aire una pequeña cámara digital—. Luego la descargo y os la mando por correo electrónico.

—Ni se te ocurra —dijo Hugh—. Maxine me mataría. —De repente se volvió hacia Katie—. No es que... Es solo que..., ya sabes.

—Claro —dijo—. De todas formas debería ir a buscar a mi amiga, no conoce a nadie.

—Bien. Vale.

—Estaba un poco nerviosa.

—Por supuesto. Muy bien. Yo tengo que..., ya sabes...

—Vale.

Se alejaron el uno del otro con un gesto rápido y definitivo, solo para volver a encontrarse frente a frente. Entonces Hugh hizo lo más decente: le dedicó a Katie una sonrisa firme a modo de despedida y se adentró de nuevo en el salón con un gesto cargado de resolución.

---

<sup>3</sup> Ver nota 1.

Katie prácticamente se sumergió en el santuario de seguridad que formaban Sukie, su mejor amiga, y su compañero de piso, Jon. En las fiestas, siempre se quedaban en la cocina. Si le hubieran dado la oportunidad, Jon se habría subido al horno, pero lo estaban usando para calentar pizzas. Y Sukie, si hubiera podido, se habría puesto de pie encima de la mesa para cantar *Waterloo*, pero la estaban usando para servir las bebidas.

Katie se abrió paso entre la multitud, se detuvo en alguna ocasión para atender a la obligada conversación para ponerse al día («¿Todavía eres camare-ra?»; «No te lo vas a creer, pero estoy comprometida/casada/divorciada...»), y se reunió con ellos junto al fregadero. Sukie estaba sentada en el aparador con un cóctel en la mano, y Jon estaba apoyado en el mismo preparando un combinado. Le dieron la bienvenida con evidente regocijo.

—¡Katie! —la saludó Sukie—. ¡Jon acaba de crear el mejor cóctel del mundo! Tenemos que inventarnos un nombre.

—No, tenemos que irnos —contestó Katie—. Es la peor fiesta en la que he estado en toda mi vida.

—Pero aquí todo el mundo tiene tanto éxito —dijo Jon—. Son todos tremendamente listos.

Katie y Sukie se quedaron mirándolo.

—Y tú también —le recordó Katie—, señor Primero.

—La filología clásica no cuenta —balbuceó al tiempo que se tambaleaba peligrosamente.

—Oh, no —Katie se volvió hacia Sukie—. No me digas que has dejado que se emborrache.

—Soy un cretino sin talento —se lamentó Jon con la barbilla casi tocándole el pecho.

A Katie le dio un bajón.

—Tengo que volver a casa con esto, ¿lo sabías? —le recriminó a Sukie.

—Se le acaba de subir ahora mismo —dijo Sukie—, te lo juro.

—Y a nadie le importa —le dijo Jon al suelo.

—A mí me importa —le contestó Katie con severidad—, que soy la que va a tener que escucharte durante toda la maldita noche.

—Ah, Katie —sonrió Jon entre lágrimas echándole los brazos al cuello—. Eres mi mejor amiga.

El brillante destello los obligó a parpadear a todos.

—¡Oh, qué tierno! —gritó Sandy agitando la cámara digital demasiado cerca de sus rostros—. Os la envío por correo postal. Es decir...

—Yo tengo una impresora en el piso —espetó Jon—. Mándanosla por correo electrónico.

—¡Genial! —dijo Sandy—. ¡Muy bien, Jon!

—Solo sirvo para eso —le dijo Jon—. Una dirección de correo electrónico.

—Creo que es hora de irnos a casa —le dijo Katie a Sandy—. Voy a por mi abrigo, está en la otra habitación.

—De acuerdo —dijo Sandy—. Jon, ¿cuál es tu dirección?

Apretujándose entre la gente, Katie logró salir de la cocina y adentrarse en el amplio salón. El piso de Geraldine y Sandy, que pronto iba a ser solo de la primera, era inmenso para la vida de Londres. Los padres de Geraldine lo compraron a mediados de los años ochenta, durante la crisis inmobiliaria, y luego les habían sacado un alquiler considerable a sus amigos. Sandy era la tercera que se iba. Poco a poco, la muchedumbre se fue volviendo menos densa y Katie se encontró frente a un atractivo panorama acercándose hacia ella. Justo antes de encontrarse, Geraldine apareció en medio de repente.

—¡Katie! —dijo casi chillando—. ¿Conoces a Dan? Es mi ex.

Katie sonrió al ex de Geraldine y se detuvo. Él le devolvió la sonrisa y también se paró.

—Hola —dijo, mientras notaba que se le contraía el diafragma pélvico.

No estaba segura de si la bebida acababa de llegar a su destino o si había sido absorbida por algún libro de estereogramas de *El Ojo Mágico*, pero por lo que respectaba a Katie, todo lo que la rodeaba se había convertido, en un abrir y cerrar de ojos, en un borrón en torno a la figura nítidamente definida que le dirigía aquella sonrisa. *Así que este es Dan*, pensó. Aquel era el famoso ex de Geraldine, el misterioso ex estudiante de Oxford que ahora era un ricachón capitalino, el que había estado dos años visitando a Geraldine el último fin de semana de todos los meses, el que todo el mundo pensaba que era solo un producto de su imaginación. No cabía duda de por qué se lo había estado guardando para ella sola: era una auténtica maravilla, un hombre de los de capuchino *crème brûlée*, un hombre de los de *naan peshwari* recién salido del horno. Y ella tenía que saberlo, era camarera.

Más tarde, no pudo recordar cómo se inició la conversación, ni en qué momento exactamente se habían sentado en los pufs que había en el rincón de la sala, ni cómo habían acabado hablando acerca de sus sueños y esperanzas. Lo único que recordaba era lo que sintió cuando estaba con él y aquella sensación, vaga e inconfundible al mismo tiempo, de que también él lo sentía.

—Entonces —dijo, después de volver con más bebida para los dos—, ¿a quién conoces en la fiesta? Aparte de Geraldine, claro.

—Ah, sí, aparte de Geraldine.

—He oído que ahora sois buenos amigos.

—¿Eso es lo que has oído? —Katie sonrió—. Sí —dijo Dan—. Que conste que estuvo bien salir con ella cuando nos veíamos una vez al mes. En cuanto empezamos a quedar cada semana, todo acabó por... desvanecerse, de alguna forma. Ya sabes.

Katie asintió mientras se preguntaba qué le preocupaba más: la versión contradictoria de Geraldine o el hecho de que él usara frases del tipo «que conste».

—¿Qué me habías preguntado? —preguntó Dan.

—A quién más conoces.

—A mi colega —dijo Dan señalando con la cabeza a su amigo—. Es ese de ahí, el de la camisa verde chillón que está debajo de la chica de las coletas.

Katie miró en la misma dirección y solo pudo distinguir la forma de dos cuerpos jugando a ser un puzle humano en el sofá.

—Parece majo.

—Lo es —suspiró—. Desgraciadamente, su novia también.

—Ella también parece majo.

—Está en Mauricio.

—Vaya.

—Me dejó instrucciones explícitas para que lo mantuviera ocupado. No es la primera vez que hace algo así..., pero me he distraído un poco.

Katie hizo una mueca.

—Puedes volver con él, si quieres.

—Bueno, entre tú y yo, y probablemente el resto de la gente que hay en esta habitación, creo que ya es un poco tarde.

—Sí.

—Me refiero a que hay tantas cosas que se pueden ocultar a la verdad, ¿no? Si no hubiera sido esta fiesta, habría sido otra. Lo quiero como si fuera mi hermano, pero no dejaría que mi hermana saliera con él.

—¿Tienes una hermana?

—No.

—¡Uf!

—Y, de todas formas, hay tantas cosas sobre física cuántica que uno puede llegar a escuchar en una fiesta.

—¿Se lo vas a contar a su novia?

—No tardará mucho en averiguarlo —dijo Dan rotundamente—. Se está enrollando con su mejor amiga.

Se quedaron mirando a la pareja un instante.

—¿Y tú con quién has venido? —dijo Dan súbitamente.

—Con mi compañero de piso, Jon, que está en la cocina deprimiéndose porque eso es lo que hace en las fiestas, y con Sukie, mi mejor amiga, que está en la cocina poniéndose en plan escandaloso, porque eso es lo que hace en las fiestas.

—¿Cuánto hace que vives con Jon?

—Desde la universidad. En realidad, es mi casero; sus padres lo ayudaron a hacer una inversión en Londres. Somos como hermanos.

—¿Como los hermanos de *Flores en el ático*?<sup>4</sup>

—No.

—Mejor. No me gustó nada ese libro.

—No tenemos nada que ver con eso. Jon no es rubio.

Dan asintió con aire meditabundo.

—Genial.

---

<sup>4</sup> N. de la T.: Novela de V. C. Andrews, escrita en 1979, que narra la historia de dos hermanos huérfanos entre los que, por causa del aislamiento, nace el amor.

En ese preciso momento, Katie vio por el rabillo del ojo a Sukie mirándola de manera inquisitiva. Cuando Katie frunció el ceño ligeramente y se volvió hacia Dan, Sukie se metió de nuevo en la cocina.

—Bueno —le dijo a Dan—, ¿y qué has estado haciendo desde la universidad?

Dan le dedicó una amplia sonrisa que le dibujó una arruga en la mejilla. Katie tuvo la tentación de pedírsela prestada. Él inclinó la cabeza hacia ella y le dijo:

—Pues supongo que se podría decir que soy alguien en el centro financiero.

—Ah. ¿Y qué eres? ¿Un rascacielos?

—Pero ¿sabes qué? —Entonces Dan cambió de postura y se colocó frente a ella, inclinándose un poco hacia delante para concentrar su atención. Katie fue a encontrarse con él a mitad de camino. Se dio cuenta de que uno de sus ojos era de un color azul profundo, y el otro, azul profundo con un toque de avellana. No sabía a cuál de los dos mirar primero. Afortunadamente, su estado de embriaguez le ofrecía la posibilidad de llegar a ver, en un momento dado, los dos a la vez, justo antes de que su nariz se uniera a ellos y se viera obligada a pestañear—. Mi padre siempre ha dicho que lo mejor que un hombre puede hacer por sí mismo es establecer un negocio por su cuenta.

—Vaya —dijo Katie concentrada en cuál de sus labios era más carnoso, si el inferior o el superior.

—Eso fue lo que él hizo —dijo Dan—. Mi padre, un hombre hecho a sí mismo. Se crió en un barrio de viviendas sociales.

—Vaya. —El labio inferior era más carnoso. Exacto.

—Me gustaría llegar a hacer lo mismo, algún día.

—Vaya.

—Y echar raíces y formar una familia, claro.

Katie estaba buscando algo que decir que no fuera «vaya» cuando Dan le dedicó otra sonrisa con arruga incluida.

—Vaya —dijo.

Los dos rieron. Bonitos dientes, uno de ellos un poco torcido.

—Ya hemos hablado suficiente de mí —dijo—. ¿A qué te dedicas?

—Pues voy a ser psicopedagoga.

Dan abrió los ojos de par en par.

—¡Vaya! —dijo.

Para cuando el flas de la cámara les estalló en la cara, ambos llevaban demasiadas cervezas encima como para darse cuenta o darle importancia. Los dos dirigieron lentamente la mirada hacia Sandy al mismo tiempo.

—¡Precioso! —dijo sonriendo con satisfacción—. Os la mandaré por correo electrónico.

—Perfecto —dijo Dan.

—A lo mejor sale un poco borrosa —dijo Sandy—. O puede que sea yo.

Le dio un ataque de risa antes de dirigir su atención hacia la pareja del sofá, que estaba sacando provecho de la estancia de su amiga común en Mauricio.

—¿Eres consciente —oyó que le decía Dan, suavemente, al oído— de que cuando tenga tu dirección podré darte la lata para que salgas conmigo?

Katie lo miró. Casi se tocaban con la punta de la nariz.

—Sí, yo también me había dado cuenta —murmuró.

Y entonces, ¡abracadabra!, se estaban besando.

Si Katie fuera el tipo de chica a la que le gustaran las listas, aquel beso tendría todos los ingredientes necesarios para convertirse en un Beso Diez. Se quedó sin fuerzas en brazos y piernas, vio chispas con los ojos cerrados y sus órganos le hablaron. Le dijeron: «Gracias».

Para cuando se fue de la fiesta, tenía una cita para el fin de semana siguiente, unos andares briosos y un cálido brillo donde más se siente.



A la mañana siguiente, el cálido brillo donde más se siente se había transformado en un terrible dolor agudo donde más duele. Al llegar el lunes, había evolucionado hasta convertirse en una pesada sensación de malestar general.

Katie tenía turno de mañana en el café y, como todo el mundo en el negocio del café sabe, los turnos de mañana son lo peor. Son casi tan malos como los turnos de tarde, que prácticamente superan a los terroríficos turnos de noche.

Se despertó irascible y su primer pensamiento consciente fue que quería volver a estar dormida. Entonces se acordó de que había quedado con Dan y supo que todo iba bien. Luego se dio cuenta de que tenía una pesada sensación de malestar por todo el cuerpo y que, probablemente, la cita sería un desastre.

Iba a ser un día muy largo.

Se despegó prematuramente de las sábanas y salió de la cama tan traumatizada que todo su cuerpo entró en modo de hibernación, acurrucándose en torno a sí mismo en busca de calor. Los dientes le castañeteaban tan fuerte que casi lograba entender lo que decían.

Envuelta fuertemente en su vieja bata de felpa, recorrió de puntillas el pasillo, pasó por delante de la puerta cerrada del cuarto de Jon y se metió en la ducha. Veinte minutos después, salió limpia, fresca, todo lo despierta que iba a estar durante el resto del día y demasiado tarde para llegar a tiempo. Tras zambullirse en la ropa de trabajo (lo más limpio y cómodo que encontró a mano), peinarse con los dedos el pelo erizado y prepararse para ir a trabajar, la mayor parte de su optimismo se había esfumado.

Normalmente, el camino hacia la cafetería era un interludio bastante agradable. Katie estaba ávida de rutina y se había empeñado en seguir el mismo trayecto todos los días, eso la mantenía con los pies en la tierra y le proporcionaba la sensación de formar parte de un contexto. A no ser que llegara escandalosamente tarde o que estuviera tan agotada como para coger el autobús, le gustaba entrar en la frutería y llevarse algo sano para comer de camino al quiosco, donde se compraba la barrita de chocolate habitual.

Hoy, sin embargo, era día de autobús. Se limitó a bajar la mirada y a mantener la cabeza apoyada. No leía, no establecía contacto visual, no sonreía. Directamente, ocupó su lugar.

De Porter's Green la gente prometedora decía que «tenía futuro», mientras que sus habitantes de toda la vida decían que estaba «cayéndose a pedazos». Lindaba con otra zona del norte de Londres que ya estaba asentada en el futuro y que se jactaba de lindar con otra zona que tenía tanto futuro que estaba llena de casas salpicadas de placas conmemorativas, como si fueran excrementos de pájaro.

El proceso mediante el cual una zona se convertía en un barrio con futuro pasaba por una rápida evolución relacionada con los locales comerciales, la gente y los eventos; todo ello transmitía a los nuevos vecinos una sensación de entusiasmo y excitación. Y entonces los rumores se iban extendiendo. Primero, los ilusionados propietarios en potencia caían decepcionados por no tener a su alcance ni siquiera un garaje coqueto, cercano a un inmueble con placa conmemorativa, en el centro de Londres; después se desesperaban por que no podían permitirse un piso de dimensiones aceptables en la zona limítrofe. Al final, acababan por encontrar un hogar familiar y espacioso en Porter's Green y descubrían, no solo que tenían más comodidades, que las tiendas eran más prácticas, la gente menos pretenciosa y el ambiente más acogedor, sino que, además, en los próximos años, todo iba a cambiar.

Así pues, todo un grupo de votantes del nuevo laborismo se mudaron a la casa de al lado de los votantes del viejo laborismo, y empezaron a transformar sus antiguas casas victorianas en versiones actualizadas, en forma de pisos, con más confort y menos muros interiores. Los fines de semana, se desplazaban en coche hasta el prometedor barrio cercano a almorzar en los cafés que aún no habían llegado hasta las calles principales de su zona. Mientras tanto, los vecinos de toda la vida, que un buen día se levantaron y se encontraron viviendo en un barrio irreconocible, con los precios por las nubes, en el que ya no te podías tomar un taza de té como Dios manda y, en cambio, podías conseguir ciento cincuenta clases distintas de café, cogían el autobús en la dirección opuesta para buscar las gangas que ya no encontraban en el centro de su propio barrio.

Katie se bajó del autobús a unos veinte metros del café donde trabajaba. Podía verlo desde allí, aunque normalmente intentaba no mirar. Su lugar de trabajo, los menos de treinta metros cuadrados donde se pasaba hasta sesenta horas a la semana, se llamaba, como era de esperar, El Café. Había que estar dentro para ser realmente consciente de la ausencia total de imaginación que había ideado un nombre como aquel.

Abrió la puerta y su entrada fue precedida, como era habitual, por el cansino tintineo de lo que pasaba por ser una campanita, pero que más bien sonaba como el maullido de un gato a punto de morir estrangulado. En aquel mismo instante, un calor agobiante y un olor pegajoso invadieron sus fosas nasales y todos los poros de su cuerpo.

Con la cabeza gacha, se concentró en sus zapatos pegados al linóleo descolorido, mientras intentaba averiguar si lo que le provocaba las náuseas era la luz de los fluorescentes o el simple hecho de que era lunes por la mañana.

—¡Eh, mira! ¡ Es ella en persona! —La voz provenía del rincón más oscuro. Katie levantó la vista y miró la mugrienta esfera del reloj que había sobre la máquina de café. Maldita sea. Las siete y tres minutos.

—Buenos días, Alec.

—Por poco.

Dirigió la mirada hacia donde estaba sentado su jefe y le dedicó una amplia sonrisa asimilando el pelo grasiento y el perenne medio bigote.

—¿Qué tal el fin de semana? —le preguntó.

La ceja derecha de Alec se contrajo en un movimiento nervioso.

—Ponte el delantal y échale una mano a Sukie con los cafés.

Katie pasó junto a la máquina de café y entró en la cocina por la puerta de personal. Metió su abrigo debajo de la encimera, sacó el delantal que había lavado durante su domingo libre y se dio varias vueltas a la cintura con el raído cinturón. Apenas cayó en la cuenta de que Matt, el lavaplatos, todavía no había llegado y ya había un montón de tazas de café sucias en espera. Volvió a salir a la zona principal del local.

Entre los asientos de plástico y las mesas de formica, uno tenía la impresión de que, en realidad, nadie quería estar en El Café, sino que habían acabado allí sin comerlo ni beberlo. Los lunes solían provocar en Katie el deseo de dirigirse directamente hacia donde se encontraban los cuchillos de carne y hacerse el *harakiri*. Por suerte, no estaban afilados.

Casi no podía creer que hubieran pasado tres años desde que entró en El Café, por capricho, en una tarde soleada. Se acababa de mudar al piso de Jon, cerca de allí, justo después de pasar un año viajando. Cuando consiguió el trabajo, pensó que se trataba del primer paso para iniciar una carrera a la que quería dedicar toda su vida; incluso lo celebraron con una botella de vino aquella noche. Algún día, conseguiría un trabajo de encargada en un restaurante respetable de Londres y, desde allí, iniciaría su periplo hasta lograr ser la dueña de su propia franquicia. Con el trabajo de camarera podría pagar el alquiler, tendría tiempo para hacer entrevistas y dinero para un traje con el que acudir a esas entrevistas, además de un cierto grado de experiencia que le permitiera opinar.

Al principio, le había llegado como caído del cielo. Conoció a Sukie, una actriz en paro, y no tardaron en congeniar. Katie dio rienda suelta a su instinto por la cocina y, a menudo, proponía deliciosas ideas, llenas de inspiración, para el menú, que su jefa, de buena gana, le permitía elaborar y servir. Le gustaba su jefa, una oronda mujer griega que la llamaba «cielo» y le daba las suculentas sobras de las comidas caseras, que Jon y ella devoraban. Pero entonces el marido de su jefa cayó enfermo y ella vendió el café de inmediato para dedicar todo su tiempo a cuidar de él. La fiesta de despedida fue triste, aunque no exenta de esperanza, y es que todavía no conocían a su nuevo jefe.

Lo primero que hizo Alec cuando se hizo cargo de El Café fue abrir dos horas antes por las mañanas, y así coincidir con los trabajadores que tomaban el tren en la estación que había justo debajo de ellos para ir al centro. Luego despidió a la mitad del personal, dobló el precio del café, encogió el menú y solo ofrecía

productos frescos dos veces a la semana. Después de aquello, el siguiente paso fue sencillo: conseguir que los clientes se fueran de allí en cuanto se hubieran gastado el dinero.

Katie ya no recordaba cuándo había dejado de buscar trabajo en los periódicos. ¿Fue cuando empezó a darle miedo ir a las entrevistas porque sabía que estaría demasiado cansada como para hacerse justicia?, ¿o cuando se dio cuenta de que el traje que se había comprado para las entrevistas estaba pasado de moda y no podía permitirse el lujo de comprar uno nuevo, y se negaba a pedirles un préstamo a sus padres?, ¿o cuando vio que tenía que responder con convicción a la pregunta de por qué llevaba tanto tiempo trabajando en un local tan decrepito?

Fuese cuando fuese, ya no importaba. Lo único que deseaba era salir de allí.

Ya de vuelta, Katie se sumó a Sukie, que estaba atacando con energía la máquina de café. La primera cola de trabajadores con rumbo al centro ya se estaba formando. El tren de las 7.14 a Euston tenía fama de impredecible: o bien llegaba tarde, o llegaba a la hora en punto, solo que al andén equivocado, con lo cual, cincuenta viajeros agotados tenían que darse una carrera por el puente para cogerlo. Normalmente, no lo anunciaban por megafonía, de modo que tenían que permanecer atentos para ver si era su tren o el de las 7.24, que iba directo hasta Brighton. Para ellos, el café de la mañana no era un lujo, sino una herramienta necesaria para llegar a la oficina, y no a la costa sur. Si a los empleados de El Café les molestaba atender a los trabajadores cansados, ingratos y, a menudo, malhumorados, a los trabajadores les molestaba pagar un café con grumos. Para empezar, preferían estar durmiendo; después estaba la luz parpadeante de los fluorescentes, que les tocaba las narices. ¿Y qué era lo que les esperaba? Un tren abarrotado, con la calefacción demasiado alta o demasiado baja, en el que probablemente no encontrarían asiento, seguido de un trabajo por el que ni siquiera les pagaban lo suficiente para poder vivir cerca de los límites de un barrio salpicado de placas conmemorativas, y eso en caso de tener suerte y no coger el tren a Brighton.

—Café exprés doble, con dos terrones.

Sukie cogió el cambio de uno de los clientes, asintió para indicarle al siguiente que lo había oído y volvió zumbando a la máquina. Katie se unió a ella y se dirigió al trabajador número tres de la cola:

—¡Buenos días! ¿Qué puedo hacer por usted en este bonito día?

—Café solo.

—Café solo marchando. Será todo un plac...

—Disculpe —interrumpió el trabajador número cinco, un hombre que parecía haber recibido una paliza en la cara la noche anterior. El número cuatro de la cola le había tomado la delantera en las escaleras de entrada y tenía ganas de clavarle un cuchillo—, hay gente que tiene que coger un tren.

—Muy bien —dijo Katie, y se volvió hacia la máquina.

—¿Escupes tú en el café o lo hago yo? —dijo Sukie entre dientes sin interrumpir lo que estaba haciendo.

—Alguno ya le ha pateado la cara —le contestó Katie con un murmullo—. Déjalo en paz.

Se dieron la vuelta a toda velocidad, con las tazas en la mano y una sonrisa en los labios, y prosiguieron con la cola hasta que se terminó y el último tren de Porter's Green a la ciudad se hubo marchado (el de las 8.54, con un retraso de solo dos minutos, en el andén de la derecha, pero con dos vagones menos) con los trabajadores, los unos apretujados contra las axilas de los otros, soñando con el viernes.

La repentina zambullida en la rutina de la mañana del lunes solía ser para Katie el momento más deprimente de toda la semana, al menos, cuando tenía tiempo de enfrentarse a la realidad de su jornada de trabajo. Alec se acercaría a ellas y, armándose de un espíritu de emoción y entusiasmo por la semana que tenían por delante, les daría las mismas instrucciones que todos los lunes por la mañana.

—Bien. Primer día de la semana, chicas, primer día. Vamos a ver: las ensaladas, delante; la freidora preparada con el aceite de las patatas, detrás. Preparadle a vuestro jefe una buena taza de café.

Y Sukie y Katie le contestarían lo mismo todas y cada una de las mañanas de lunes:

—Háztelo tú, capullo holgazán —por parte de Sukie.

—Tienes manos, ¿no? —por parte de Katie.

Y Alec se prepararía una taza de café, al tiempo que expresaría sus dudas acerca de las familias de ambas en un despliegue de imaginación y energía.

No obstante, hoy Katie no se sentía abrumada por los habituales ataques de tristeza y fracaso. Hoy, la grosería de los trabajadores, el aire viciado del café y los desesperados intentos de liderazgo de Alec tuvieron el efecto contrario. Y todo a causa de lo que le había sucedido el viernes a última hora de la tarde. Y es que había tenido una revelación: iba a ser psicopedagoga.

Todo ocurrió durante un turno doble, que había transcurrido con una lentitud tan insoportable que llegó a pensar que, en realidad, había muerto y bajado a los infiernos. Se había puesto a hablar con una clienta. No era algo habitual, se hacía complicado entablar libremente una conversación con Alec cerca, pero en aquel momento estaba agobiando a alguien en la cocina y la clienta estaba en la mesa 18, justo al lado de la puerta, por lo que la conversación se le antojaba un riesgo menor.

La mujer había tenido un viernes tranquilo en el trabajo y se había pasado a tomar un café rápido antes de volver a una casa llena de niños agotados y una niñera mal pagada. Fue ella quien empezó a hablar con Katie sobre el tiempo y, de alguna forma, Katie había acabado contándole que estaba considerando la posibilidad de ser profesora. Solo hacía una semana que la idea le rondaba la cabeza, después de ver un programa de telerrealidad sobre una escuela en un área pobre del centro, en la que una profesora se había quedado encerrada en los servicios de chicas y había escapado a través de una

ventana. Parecía un trabajo arriesgado. Dio la casualidad de que la mujer había sido profesora tiempo atrás, antes de empezar a prepararse para ser psicopedagoga. Después de trabajar como profesora durante dos años, lo único que se necesitaba era un máster y, *voilà!*: psicopedagoga. «Mucho más efectivo para ligar en las fiestas», le dijo la mujer a Katie, y, aún mejor, no había que esperar a que sonara el timbre para ir al baño.

Katie sintió que volvía a nacer. No solo contaba ya con el título en psicología que se requería (y de Oxford, nada menos), sino que, además, siempre le habían gustado los niños. Y también ella les caía bien, tenía afinidad con ellos. Para cuando había depositado el cruasán caliente sobre un plato y se lo había llevado a la mujer, el nuevo futuro de Katie estaba decidido; las franquicias de restauración se habían convertido en un recuerdo lejano y difuso. Aquella mujer estaba destinada a entrar en el café ese día y ella, Katie Simmonds, estaba destinada a ver aquel programa de televisión la semana anterior. Había sido cosa del azar.

De modo que allí estaba, iniciando la primera semana del resto de su vida. Y esa era la razón por la que, hoy, la habitual depresión de la mañana del lunes en El Café no le caló los huesos dejándola paralizada. Por el contrario, le recordó lo que había dejado atrás, como si, en su mente, ya hubiera abandonado aquel lugar.

—Atiende a la mesa 8.

Katie se volvió hacia Alec, que seguía sentado junto a la caja registradora, con el humo que salía de su taza de café mezclándose con el del cigarrillo de picadura que se había liado. Asintió ligeramente hacia la mesa 8. Alec siempre se sentaba en el rincón más cercano a la caja registradora porque decía que así tenía una buena perspectiva de todo el establecimiento, además del trozo de calle que ocupaba el local. Por una feliz coincidencia, también tenía una buena vista de los policías que podían pasar por allí para echar un vistazo por la cocina en busca de sustancias ilegales o de algún agente de movilidad que no estuviese de acuerdo en considerar la haraganería una discapacidad.

Katie se acercó a dos hombres que mantenían una reunión matutina; ambos fingían que las carreras que se habían labrado individualmente iban a las mil maravillas y que estaban satisfechos de estar en un café, y no en un bar.

—Dos desayunos ingleses y dos cafés —dijo uno de los hombres mientras le devolvía la carta a Katie sin mirarla.

—Uno descafeinado —añadió el otro estudiando brevemente su pecho.

Katie se alejó repitiéndose en voz baja:

—Voy a ser psicopedagoga. Voy a ser psicopedagoga.

Keith, el chef, acababa de llegar. Se trataba de un hombre más bien devorado que controlado por sus demonios; tenía tantas fobias que era un milagro que se las arreglara para desplazarse desde el piso donde vivía, en la misma calle pero un poco más arriba, hasta el local. Le estaba contando a Sukie su fin de semana. Katie lo supo porque no dejaba de oír a Sukie murmurar con regularidad:

—Madre mía.

Katie los interrumpió:

—Dos desayunos fritos.

Keith se volvió a mirarla.

—Buenos días, Katie —dijo—. Le estaba contando a Sukie que mis vecinos están intentando echarme del piso.

—Madre mía —murmuró Katie.

Sukie y Katie se miraron por un instante antes de que esta fuera a hacer los cafés y se los llevara a los hombres de la mesa 8.

—¿Está segura de que es descafeinado? —le preguntó uno de ellos estudiando de nuevo su pecho.

—Sí. —Katie sonrió mirándole la calva.

El hombre lo olfateó con cautela.

—Huele a café.

—Bueno —dijo Katie seriamente mientras cruzaba los brazos para que no se lo pudiera devolver—, eso es porque es muy bueno.

Dio media vuelta y entró de nuevo en la cocina diciendo en voz baja:

—Créme, si quisiera echarle algo a tu bebida, no sería café. —Y se repitió—: Me sé los nombres de todos los ministros. Me sé los nombres de todos los ministros.

Cuando entraba en la cocina, apareció Matt. Tenía diecisiete años y trabajaba como lavaplatos a tiempo parcial mientras estudiaba para la selectividad.

—¡Matt! —saludó Katie.

Matt emitió un gruñido.

—Yo también me alegro de verte —contestó ella.

Entró en la cocina detrás de Katie al tiempo que soltaba otro gruñido.

—Tengo algo que os va a levantar el ánimo —dijo Katie. Cogió su bolso y sacó una hoja de papel de tamaño folio. El paquete de programas informáticos de Sandy había permitido que en la hoja aparecieran cuatro fotos de la fiesta del sábado, que le habían enviado por correo electrónico el día anterior. Solo le había llevado dos horas y cinco intentos. Había una foto de Jon, Sukie y Katie, todos un poco bebidos, otra de una pareja anónima abrazada (el hombre llevaba una camisa de un verde casi fosforescente), otra de Hugh y Katie charlando y otra de Katie enfrascada en una conversación con un desconocido.

—¡*Tachán!* —anunció Katie—. Mi nueva cita.

Keith, Sukie y Matt se acercaron de una vez, y Sukie le quitó a Katie el papel de las manos. Todos examinaron a Dan y reprodujeron sonidos de aprobación. Entonces Sukie cumplió con el preciado rito de añadir las nuevas fotografías a la nevera de lácteos. Los dos refrigeradores estaban cubiertos con rostros sonrientes y luminosos de varios miembros del personal posando con amigos, parejas, amantes, ex novios; pero la puerta de la nevera de la carne estaba repleta de fotos de Katie con hombres. Le habían puesto el nombre de «Los que ya no están».

Sukie tosió ruidosamente.

—Si me prestan un poco de atención, por favor. Por la presente, permítanme bautizar esta relación como... —miró la foto, como para buscar inspiración— «Condenada al fracaso».

La fijó con Blu-Tack junto al resto de fotos de los empleados. Tenían una especie de broma recurrente que consistía en averiguar en qué medida era Katie demasiado selectiva con los hombres. Es más, Sukie apenas se había sorprendido cuando descubrió que la fiesta del fin de semana pasado estaba llena de ex novios de Katie. Le divirtió muchísimo comprobar que Katie ni siquiera había reconocido a algunos de ellos, pues había salido de aquellas relaciones como alma que lleva el diablo.

—Tengo la impresión de que este va a durar —insistió Katie.

—¿En serio? —dijo Sukie—. Pues yo tengo la impresión de que Matt perderá la virginidad antes del año que viene.

—Vete a la mierda —dijo Matt.

—Ni me mencionéis el sexo —empezó a decir Keith.

—Vale —dijeron Katie y Sukie al unísono.

—Venga, sigue —dijo Matt.

Desgraciadamente, Alec entró en aquel preciso instante y las anécdotas sexuales del chef tuvieron que esperar a mejor ocasión.